

 **Lorenzo Silva**
La llama de Focea



DESTINO

La llama de Focea

Lorenzo
Silva

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1585

© Lorenzo Silva, 2022
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-233-6207-3
Depósito legal: B. 11.078-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

Una peregrina

Era engañosa su apariencia. Se la veía menuda, casi frágil, y su cabello castaño liso y su piel suave y todavía no tostada por el sol del Camino sugerían una vida sin grandes fatigas ni excesivos sobresaltos. Podría decirse de otro modo: parecía, a primera vista, la chica de la zona alta de Barcelona que por lo demás era. Lo que ocurre, como aquella tarde iba a demostrar, es que se puede ser una cosa y a la vez otra que la vuelve del revés, porque los seres humanos son diestros en acumular contradicciones, se acostumbran a ellas y a nada que se les deje acaban convirtiéndolas en el pilar de su existencia y de su carácter. Queralt Bonmatí procedía de un hogar bien provisto, una vida sin angustias y unas certezas incommovibles. Y sin embargo, algo la hacía apta para la intemperie, la llenaba de rabia y la empujaba a revolverse contra lo que se le daba por sentado. Ya fueran las expectativas de los suyos o el cuajo de aquel desconocido, que lo último que debía de imaginar era que una chica sola se le iba a encarar con una fiereza semejante.

—De qué vas tú, tío —le espetó.

Acababa de plantarse ante el hombre, que sentado a la mesa estaba tomando un café en el bar-cafetería de Roncesvalles, primera parada para los peregrinos que venían desde Francia después de superar las abruptas pendientes del paso homónimo. Al principio el interpe-

lado se quedó fuera de juego, con la taza a medio camino entre la mesa y sus labios. Luego se rehízo, tomó un largo sorbo de su café, le sostuvo la mirada a la muchacha y respondió con voz firme y contenida:

—Yo de nada, ¿y tú?

Queralt no se arrugó. Más bien dobló la apuesta.

—¿Estás haciendo el Camino o qué?

—Y a ti qué te importa.

—Me importa si voy a tenerte pegado a mi culo hasta Santiago.

—Así que tú sí lo estás haciendo.

—Respóndeme.

—¿Y si no quiero?

—Entenderé que sí. Y tomaré medidas.

—¿Por ejemplo?

—Ir al puesto de la Guardia Civil más próximo.

El hombre se echó hacia atrás en la silla.

—A decirles qué —se interesó.

—Que te he llevado toda la subida del puerto detrás, mirándome con no sé qué intenciones, cuando es evidente que podrías haberme rebasado y que has tenido que bajar el ritmo para no adelantarme.

—No me gusta correr. Y no tengo prisa.

—Vas muy de sobrado tú —opinó la chica, alzando la voz.

—No hace falta que me grites. Oigo bien.

—Grito porque me da la gana. Y porque quiero que toda esta gente se quede con tu careto. A ver si te atreves a seguirme ahora.

A esas alturas del lance, las siete personas que estaban presentes, comenzando por la joven camarera, seguían la conversación que sólo un sordo o alguien con mucha disciplina habría podido ignorar.

—Yo no te estoy siguiendo —dijo él, con aire incómodo.

—Lo has hecho durante un buen rato. Quién me dice

que no lo vas a volver a hacer. He venido para estar sola, no para llevar un moscón.

La mirada de los circunstantes, entre los que había una vecina de la zona y cinco peregrinos —una pareja madura, dos veinteañeros y otra chica de la misma edad que estos—, empezó a pesarle al hombre más de lo que su temple le permitía sobrellevar sin apuro. Decidió vaciar la taza de un solo trago y ponerse en pie para abandonar el local.

—¿Ahora vas a salir corriendo? —le preguntó ella.

—Voy a pagar y a salir tranquilamente. Si me permites.

—No quiero volver a verte.

—Pues no mires, si nos cruzamos otra vez. Déjame pasar.

La joven peregrina, que acababa de interponerse en el camino del hombre hacia la puerta, no mostró la menor intención de moverse.

—Quiero asegurarme de que lo has pillado.

—Aparta, por favor.

—No.

En ese momento el hombre resopló y miró al suelo.

—Si me obligas a apartarte lo haré.

—Vamos a ver si te atreves.

Ahí fue donde la camarera, que hasta entonces se había mantenido indecisa, se sintió obligada a intervenir. Se dirigió a la chica:

—Por favor, vamos a evitar más problemas, deja que se vaya.

Queralt le dedicó una sonrisa temeraria.

—Puede irse. No tiene más que mover la mesa.

El hombre sopesó si debía dejarse humillar de aquella forma. Es lo que habría elegido la mayoría de los varones en una situación similar. Por alguna razón, le costó dejarse doblegar por aquella criatura. Alzó la mano y la colocó suavemente en el hombro de la muchacha.

—Que me dejes salir.

Entonces uno de los peregrinos, un joven de veintipocos años y complexión robusta, sintió el impulso de acercarse. Era algo más alto que el hombre, pero no parecía contar con su misma determinación. Con una voz algo dubitativa, terció en la disputa para advertirle:

—No se te ocurra tocarla.

Ahí el hombre, aunque no pareció muy intimidado por la irrupción, comprendió que no le quedaba otra que capitular. Se pasó la mano por la frente y dejó escapar un suspiro. Luego agarró su mochila, apartó la mesa con brusquedad y se fue hacia la barra, donde depositó de un golpe varias monedas de un euro que llevaba en el bolsillo. No se paró a contarlas: se limitó a abandonarlas ahí y a buscar la puerta, por la que salió sin despedirse para enfilarse la carretera a paso ligero.

—No creas que esto se va a quedar así. Te voy a poner una denuncia —lo amenazó la chica—. Así que corre todo lo deprisa que puedas.

—Ya está, déjalo, ya se ha ido —trató de calmarla el joven.

—No te he pedido ayuda. Ni consejo —se revolvió ella.

—Bueno —repuso él, sonriente—. Quizá por eso me he metido.

Queralt se quedó mirándolo pensativa.

—Buena respuesta. Yo me llamo Queralt. ¿Y tú?

—Hernán.

—¿Me acompañas a poner la denuncia?

—¿Crees que hace falta?

—Claro.

—Entonces te acompaño. No te vendrá mal tener un testigo.

La camarera los observó en silencio. Esa mañana estaba su marido de servicio. Le tocaría recoger la denuncia. También era casualidad.

Sería ella, varias semanas después, la que me contaría lo sucedido esa tarde de septiembre en el bar-cafetería de Roncesvalles, y que la chica, cumpliendo su amenaza, denunció en el puesto de la Guardia Civil de Burguete, donde estaba destinado y se ocupó de atenderla el marido de la camarera. Es por tanto a la mirada y la memoria de esta, y no a las mías, a las que se debe lo que acabo de narrar. Para entonces, Queralt ya estaba muerta. Le había dado tiempo a recorrer un buen pedazo del Camino. De hecho, andaba por tierras de Galicia tras haber rebasado otra de las eminencias de la ruta, el puerto del Cebreiro. Le quedaban poco más de cien kilómetros: entre cuatro y cinco jornadas de marcha, dependiendo del ritmo que se hubiera impuesto en la recta final. En los casi setecientos kilómetros anteriores había llevado un buen promedio, con jornadas de veinticinco y alguna de treinta.

La noticia de su muerte me llegó en circunstancias poco oportunas. Apuraba mi última semana de permiso veraniego, que ese año había retrasado al máximo, y me encontraba muy lejos de Galicia, a dos mil y pico kilómetros de distancia, con el océano entre medias. Los últimos días de vacaciones los había destinado a un viaje que hacía tiempo que tenía pendiente: una visita con mi madre a Lanzarote para ir a ver a su nieto, mi hijo Andrés, que llevaba ya año y pico destinado en la isla. Las reiteradas advertencias de su padre no habían bastado para sacar de su mente la idea de dilapidar su vida en la misma empresa para la que yo trabajaba desde hacía tres décadas, y aquel destierro insular era el rito iniciático que le había tocado en suerte. Hay hijos a los que les sale más caro ignorar el consejo paterno, me decía para consolarme.

También me confortó advertir que no se había aclimatado del todo mal al lugar. Aunque vivía en un modesto pabellón individual de la casa cuartel, única solución habitacional que su sueldo le permitía en una isla cuyos precios inmobiliarios disparaba el turismo, se le

veía contento y saludable. No le faltaba el trabajo, sobre todo las noches del viernes perpetuo que se vivía en las zonas de marcha, donde la raza nórdica se empeñaba en demostrar que su grado de civilización era muy inferior al que la fama le atribuía. Al menos, cuando se le daba la oportunidad de intoxicarse con bebidas alcohólicas sujetas a una baja tributación, como allí era el caso. Sin embargo, la benignidad del clima insular, y la belleza extraterrestre de los paisajes, que se había pateado a fondo en sus días de libranza, obraban en él un efecto benéfico. Me daba la sensación de que había ganado poso y peso; no en lo físico, sino en esa dimensión moral en la que un hombre, tarde o temprano, debe hallar anclaje, antes de exponerse a ser un meteorito que circula por ahí sin control y con riesgo para la integridad del prójimo.

Había algo más. Nos la había presentado y allí la teníamos, sentada a la mesa con nosotros en la inmensa sala abierta en la roca de la cueva de los Jameos del Agua, a donde habíamos ido a comer. Se llamaba Tamara y era una chica de aspecto formal y agradable en el trato, a la que, por más que me esforzaba, no conseguía ayudar a relajarse.

Y es que, cuando un hijo empieza a desoír las recomendaciones de su padre, acaba cogiendo carrerilla y saltándose las todas, que tal vez sea lo mejor que puede hacer, porque los tiempos cambian y no existe garantía de que los aprendizajes antiguos conserven alguna vigencia. Mira que le había dicho que el último lugar donde debía buscar eso que Yavé le dio a Adán para que no se volviera un tarado eran las filas de la benemérita institución a la que había decidido sumarse; y no porque fuera contra los valores o la dignidad del cuerpo, sino contra el bienestar laboral y doméstico de los implicados. Infaliblemente, allí la tenía: una joven guardia civil, de hecho más joven que él, aunque por la fecha de ingreso fuera más antigua y por tanto su superior. Para que todo resultara aún más contraproducente, se me escapó pensar.

Con todo, los dos días que había tenido para tratarla, aunque a ella no le hubieran servido para estar menos tensa, a mí me habían dado una impresión inmejorable. La vi prudente, sólida, y con ese acelerado aplomo que proporcionan la experiencia de la calle y sus accidentes, cuando uno tiene que hacer lo que sea necesario para proyectar ante quienquiera que la fortuna le depare la siempre peliaguda noción de autoridad. A la vez sabía dejarse el uniforme en el trabajo, deferencia muy de agradecer, sobre todo para quien tuviera que convivir con ella. Por otra parte, tenía que admitir que la frecuencia con que los guardias acababan emparejados con una guardia, y a la inversa, porque el roce hace el cariño y hay destinos donde el roce con lo de fuera se reduce a pocas horas, había normalizado aquel fenómeno. Que no dejaba de causar problemas, porque no hay pareja que no los tenga ni los irradie al resto de su vida, pero que se aceptaba ya sin mayores reparos.

En resumen, que allí estaba, con mi madre, mi hijo y un proyecto de posible nuera, disfrutando en un entorno singular de una apetecible comida, sin dejar de contar las papas arrugadas que iba sumergiendo en el mojo rojo, por la cosa del control del abdomen, cuando el móvil, ese enemigo mortal que el hombre contemporáneo, en un acto supino de imbecilidad y abdicación, permitió que se le adosara a la existencia, vibró sobre la mesa, donde lo mantenía con la pantalla hacia abajo.

—No lo voy a mirar —dije, ensayando una fútil resistencia.

—Claro que vas a mirarlo —suspiró mi madre.

—¿Y si es tu comandante? —preguntó mi hijo—. O tu coronel.

—Con mayor motivo.

—No seas crío, Rubén —me exhortó la autora de mis días.

—Voy a dejarlo ahí esperando cinco minutos, por lo menos.

El móvil volvió a vibrar.

—Anda, dale la vuelta, que así le estamos prestando más atención.

El sentido común de mi madre tenía la virtud de desarmarme. Siempre había sido así, y últimamente me daba por pensar, con una punzada de angustia, en el momento en que dejara de tenerla ahí para quitarme las tonterías. Gozaba de buena salud y mantenía su energía intacta, pero ya sólo le quedaba un año para cumplir los ochenta.

Le hice caso y volteé el aparato. Eran dos wasaps de mi compañera, la brigada Chamorro. Los leí de prisa. Lo que ya me cabía imaginar.

—Tendré que hacer una llamada —claudiqué.

—Vamos, ve —dijo mi madre—. No nos aburrirémos. Les pediré a los chicos que me cuenten sus aventuras. Lo que se pueda, claro.

Virginia me atendió antes de que terminara de sonar el primer tono. Escuché en la línea el ruido ambiente de un coche, por lo que deduje que hablaba con el manos libres. Aunque llevaría a dos subordinados a bordo, como poco, Chamorro era de las que preferían conducir. Yo también prefería que condujera ella. No conocía a nadie que lo hiciera mejor: con más escrupuloso respeto de las normas cuando no hacía falta saltárselas, con más garantías de no salirse de la vía cuando lo que se terciaba era sacarle al coche todo lo que tuviera dentro.

—De camino, supongo —la saludé.

—Acertaste —confirmó—. Perdona que te haya interrumpido.

—Mi madre te perdona, que es lo que cuenta. No me digas que has cometido la ligereza de wasapear mientras llevabas el volante.

—Por supuesto que no. Había parado a repostar.

—Antes de soltar alguna inconveniencia, ¿quién me oye?

—Lucía y Arnau. Te mandan sus respetos.

—Tampoco hace falta. Soy un jefe enrollado y campechano.

—De todos modos. Y lo otro... En fin, creí que era mejor avisarte.

—Estoy en Lanzarote, con mi madre, con mi hijo y con una guardia que ha cometido el error de echarse de novia. Tengo que cerciorarme de que no es una mala mujer que lo vaya a convertir en un infeliz. No puedo ir a levantar un cadáver, no quiero ir y no voy a hacerlo.

—Menos mal que no ibas a decir inconveniencias.

—Sois de confianza y estoy mintiendo. Parece una buena chica.

—Tampoco te necesitamos —anotó Chamorro, mordaz—, sólo era para que estuvieras al tanto, no vayas a recibir una de esas llamadas que a veces te caen de las alturas. Con lo que supondría eso ahora.

—¿Y por qué iba a caerme? Estoy disfrutando de un reglamentario y merecido permiso. La trinchera está cubierta, por una profesional más que curtida y de primera fila y un equipo de brillantes investigadores. Por desgracia, no es del todo infrecuente que una chica joven aparezca muerta y con señales de haberse cruzado con un depredador. No hay necesidad de infligirle a este viejo subteniente ningún maltrato, como lo sería arrancarlo arbitrariamente de la compañía de los suyos.

Chamorro no respondió en seguida. Carraspeó y dijo:

—Lucía y Arnau te agradecen el piropo y yo que me llares vieja. Me pareció simplemente que quizá te conviniera saber alguna cosa, porque algún día tendrás que volver al trabajo y porque me temo que nuestra implicación en este asunto tiene unos perfiles peculiares.

—¿Qué perfiles?

—Ya estás viendo que vamos para allá en caliente. Eso quiere decir que alguien ha llamado a nuestro coronel y al general de Galicia. Y no se trata sólo de que las

muerdes de chicas jóvenes sean más mediáticas. Los de Galicia tienen sus buenos equipos de Policía Judicial y además cuentan con alguna experiencia en estos casos. Según se rumorea, nos han movilizado a los de la unidad central por una llamada directa del ministro, a quien a su vez parece que han llamado de la Xunta.

—¿Y eso?

—Pronto viene otro año Xacobeo. El asesinato de una peregrina que viajaba sola no es la mejor publicidad para invitar a propios y extraños a hacer el Camino de Santiago. Sobre todo, porque resulta que llueve sobre mojado: no es la primera vez que ocurre. La vez anterior se tardó mucho en resolverlo, y parece que no quieren que vuelva a pasar.

—No me cabe duda de que sabrás gestionarlo, bajo la competente dirección de nuestros jefes y oficiales y en irreprochable coordinación con los recursos de la unidad territorial. Me vuelvo a mi mojito.

—¿De verdad te estabas tomando un mojito? No te pega nada.

—Voy a pedirme ahora uno. O varios. Para olvidar.

—Está bien. Yo he cumplido con mi conciencia.

—Nadie podría dudar en ninguna circunstancia de que lo harías. Os mando mis bendiciones. Aseguraos de olfatear bien todos los rastros frescos, que luego se echan a perder y la labor se complica. Sobre todo, que no se nos quede por tocar una puñetera compañía de telefonía móvil para tener acceso a todo el tráfico de los últimos días.

—Descuida, que eso no se nos va a pasar.

—Y las cámaras. Galicia está llena de casas y núcleos de población aislados, que la gente de la comandancia se patee a fondo el terreno y se asegure de que no nos queda una por mirar. De una tienda, de una caja de ahorros, de un paisano que la tenga para vigilar a las vacas...

—¿Tú no te ibas a tomar un mojito? —se burló.

—De un solo trago, el primero. Nos vemos la semana

que viene. No me la caguéis mientras tanto, que uno tiene una reputación.

—No te preocupes. Velaremos por ella. Te dejaremos el toro listo para que entres a matar y puedas arrancar la ovación que mereces.

—Así me gusta. Por cierto, habrá prensa a espuestas. No dejéis de mirar cuando os mováis dónde se ponen los periodistas y esquivadlos. No nos interesa hacernos famosos. Y menos si nos va a tocar ir luego de incógnito por el medio rural. ¿Cómo se llama el pueblo?

—Samos.

—¿Y eso dónde está? Aparte de la isla griega.

—No lejos de Sarria. Tiene puesto propio, aunque son cuatro gatos. La primera intervención la hicieron ellos, y luego los reforzaron los de Sarria, que tiene un puesto más grande. Operaremos desde allí.

—Lo dicho —concluí—. Que os vaya bien. Y dormidme algo, que si no luego la mente se va amuermando y no se entera uno de nada.

—Está bien, jefe. Anda, ve a por el mojito de una vez.

—Gracias por el aviso.

—No hay de qué. A tus órdenes.

Colgué con una sensación que cada vez me rondaba con más frecuencia. Se iba acercando el momento en el que miraría las investigaciones que ya siempre llevarían otros como los jubilados miran las obras. Con la cada vez más débil convicción de ser capaz de hacer el trabajo mejor que quien lo está haciendo, sintiendo cómo el peso de la experiencia va menguando ante la pujanza de una vida que no cesa de reinventarse. Entre otras cosas, así se vuelve ininteligible para los viejos dinosaurios, cuya inminente misión vital, a partir de ese instante, pasa a ser abonar el campo y empezar a petrificar sus osamentas a fin de generar fósiles que un día sirvan para distraer a los niños en los museos. Como solía hacer cuando me asaltaba esa imagen, la aparté de un manotazo y resolví darme al *carpe diem*, que ese

mediodía era estar con mi hijo, con mi madre, con esa chica que podía llegar a ser de mi pequeña familia.

Por la tarde, después de dejar a Tamara en el cuartel, donde entraba de servicio, y a mi madre descansando en el hotel, fui a dar un paseo con mi hijo por la playa. La conversación acabó llegando a ese lugar.

—No me has dicho qué te parece —observó Andrés.

—No me has preguntado.

—Diría que te estoy preguntando ahora.

—Ya lo sabes: fatal. ¿Tú te sabes el refrán ese de la olla?

—Papá, no me seas burro. Dime, en serio.

—La cosa tiene complicaciones de todo tipo. Si vais a más, tendréis que andar pendientes de pedir destino juntos, pero a ser posible no demasiado juntos. Y la empresa no os dará muchas facilidades.

—No sé si iremos a más. De momento estamos bien. Poco a poco.

—Me parece sensato.

—Vamos, que no te preguntaba por la logística. Sino por ella.

—Me gusta. Es seria. El mundo está lleno de frívolos y frívolas. Por lo común, acaban siendo mala compañía. Y es atractiva y tiene empuje. De las feas y de las mustias resulta más fácil acabar cansándose.

—A ti se te ha ido hoy la mano con el vino, ¿eh?

—Es cruel, es horrible, pero es así. Soy tu padre. Quiero que estés bien y que no te atormentes en la vida más de lo indispensable.

Mi hijo se quedó pensando. Podía adivinar sin mucho esfuerzo lo que pasaba por su cabeza. Tenía una madre, con la que hacía tiempo que yo no vivía y que transitaba por la existencia con otro hombre.

—¿Lo dices por ti? —dijo al fin.

—Yo me he atormentado mucho, pero hace años que me retiré de ese deporte. En todo caso, no sé, dado mi

deplorable historial, si mi opinión debería tener algún peso en lo que decidas. Sólo se me ocurre un consejo que pueda darte sobre el particular. Por si te sirve.

—¿Qué consejo?

—Quiero decir que puedes hacer con él lo que has hecho con casi todos los anteriores, desde el de no acercarte a menos de cien metros a un tricornio hasta el de no flirtear nunca con alguien que lo lleve.

—Papá.

—Vale. Este es mi consejo: jamás la engañes. El tiempo que estés con ella, no dejes de estar con ella. Y si llega el momento en que sientes que debes hacer algo que no puedes contarle, porque ya no querría estar contigo, que tienes que darle presencia en tu vida a otra mujer, por ejemplo, acepta las consecuencias y dile que tenéis que dejarlo. No creas que sirve la estrategia de mentirle. Mentir degrada más a quien lo hace de lo que humilla a quien resulta engañado. Lo dijo Spinoza: hay que evitar las acciones ruines no porque conduzcan al infierno, que es una patraña para colegiales, sino porque envilecen y arruinan la vida y eso es algo que un hombre hecho y derecho debe evitar.

Mi hijo me observó. Otra vez adiviné lo que pensaba.

—Te preguntas si habla en mí el arrepentimiento —dije—. No es tan sencillo. En realidad, no sé si me arrepiento del todo. Cuando yo me salté la regla que acabo de mencionarte, cuando me olí que no iba a querer pasar con tu madre el resto de mis días e incluso así mantuve un simulacro de matrimonio, hice y me hice un daño que lamento y que preferiría no haber hecho. Para empezar, porque era una pésima solución a aquel marrón, como acabó por verse. Pero a cambio...

Me interrumpí. Dudaba cómo decir lo que seguía.

—¿A cambio? —preguntó.

No advertí censura alguna en su semblante. Me dejé ir.

—Pero a cambio pude arañar unos años de convivencia contigo. Pude construir así este vínculo que, aparte del de tu abuela, que me vino dado, es el único que de veras tengo con este mundo y con lo que en él va a sobrevivirme. Me arrepiento del dolor ajeno y propio, cómo no. Nunca lo haré de haber pasado contigo esos primeros años.

Andrés tuvo la honradez de no callarse la objeción:

—Siempre podías haber intentado una custodia compartida...

—¿Con tu madre? ¿Con mi trabajo? Era una guerra sin esperanza.

—También es verdad —me reconoció.

—Al final, todo está bien. Tu madre tiene a alguien que la entiende, yo no tengo a nadie, pero es mejor así. Ayuda a contener los daños.

—Oye, ¿y te puedo preguntar si hay algún rollo por ahí ahora?

—¿Rollo?

—¿Qué pasó al final con la juez?

—Nos vimos este verano. Es una especie de camaradería, más bien. No le apetece tener a alguien mirando por encima del hombro cuando pone sentencias en el salón. Ni es tampoco mi plan de vida. Antes nos llamábamos más, ahora nos vemos sólo de siglo en siglo. Como dos personas que no se guardan ninguna cuenta pendiente. Nunca me ha hecho mal, nunca se lo he hecho yo tampoco. Es casi un milagro.

—En fin, siempre nos quedará la brigada —bromeó.

—La aprecio demasiado como para hacerle esa faena. Y parece que ha vuelto a ligar. Un abogado. Pobre, no le auguro nada bueno.

Esbozó una sonrisa. Luego me miró, con expresión solemne.

—Por si sirve de algo, me alegra que no te fueras en seguida.

—¿Estás seguro?

—Tú lo has dicho. Creamos el vínculo. Y a mamá le va bien. Como nunca le habría ido contigo. Te gusta demasiado tocar las narices.

—Gracias. Es una forma indulgente de describirlo.

—Dame un abrazo, anda. Y gracias a ti.

Mientras lo abrazaba, le pregunté:

—¿Por?

—Por el consejo. A este intentaré atenerme, te lo prometo.

—Más te vale. Insisto: no sólo por el bien de ella.

—Lo he entendido, mi subteniente.

Después de cenar, fui a dar un paseo con mi madre por la misma playa. No tenía nada de particular, una playa más junto a un paseo marítimo en el que se sucedían los apartamentos y los hoteles, como el que nos albergaba. Un decorado reiterado hasta la extenuación en un país que había hecho del alicatado del litoral su industria más pujante, a falta de ciencia y paciencia para apostar por otras más innovadoras. La noche era cálida sin excesos, gracias a la brisa que venía del océano. Tampoco con mi madre, a fin de cuentas ambos compartían genes, tardó demasiado la conversación en llegar al meollo del asunto.

—¿Cómo lo ves, al chico? —me preguntó.

Le respondí a bote pronto:

—Lo veo bien. Ha elegido mal la manera de ganarse la vida, pero aún se puede enderezar. He hablado con él. Ahora va a hacer el curso de policía judicial, después opositará a oficial y con un poco de suerte vivirá aún los años suficientes para llegar a convencerlo de que, una vez que haya acumulado algo de experiencia, cuelgue el uniforme y se busque algo lucrativo para no ser un pringado como su padre.

—No apuestes mucho por eso. Se te parece.

—Bueno, al menos lo tendré que pelear.

—¿Y la chica?

—Un rato maja. ¿No crees? —le consulté.

—Más que eso. Ojalá sigan. No veo demasiadas así hoy.

—Acaban de empezar. Tampoco te hagas muchas ilusiones.

—Todo empieza por alguna parte. Y de pronto, antes de que puedas darte cuenta, te ves delante de un cura o de un juez. Ya lo sabes.

—Ya lo sabemos. Los dos.

Mi madre se tomó un segundo antes de sondearme:

—¿Has hablado con él?

Sabía por dónde iba. En realidad, me era imposible ignorarlo.

—He hablado con él.

—Digo de...

—Sé de lo que dices, y sabía que me lo preguntarías. Por eso hemos hablado esta misma tarde. Le he dicho todo lo que debía decirle.

—¿Estás seguro?

Le pasé la mano por el hombro y la sujeté. Cada vez la sentía más frágil, cuando lo hacía, pero aún notaba su vigor al estremecerse.

—Le he advertido que no haga como su padre y su abuelo.

—Tampoco es eso, hombre —me regañó.

—Eso es, ni más ni menos. Lo sabemos los dos, y hemos pagado un precio para llegar a saberlo. Espero que él no tenga nunca que pagarlo, y que por él no le toque tampoco a nadie hacer frente a la factura.

Mi madre suspiró.

—No sé si te acuerdas de una conversación que tuvimos hace un montón de años, también de noche, paseando junto al mar.

—Cómo iba a olvidarla. En Barcelona, allá por marzo de 1992.

—Justamente. De poco me sirvió a mí avisarte.

—No creas. Sí sirvió. Una vez metida la pata. Siempre va así. Hay que dejar que el cachorro se estampe. Y darle un mapa para salir.

En ese instante volvió a vibrar mi teléfono, por dos veces. Lo miré con un oscuro presentimiento que se confirmó de inmediato: tenía dos wasaps del teniente general Pereira. Recordé el vaticinio de Chamorro. Ahí estaba el mensaje de las alturas. Eran dos noticias de periódico: leí de prisa los titulares. Una no me sorprendió, la otra me descolocó, de entrada. Al cabo de unos segundos entró un mensaje de texto: «Mira la coincidencia de los apellidos. ¿Te va mal si te llamo mañana a primera hora?». Ahí estaba, el campeón mundial de las preguntas retóricas.

—¿Qué es? ¿Trabajo? —preguntó mi madre.

—Sí. Y mira por dónde: creo que voy a volver por Barcelona.

—Siempre se regresa al lugar del crimen —observó, filosófica.

—Eso mismo estaba yo pensando.